

PARÍS, 10 Diciembre de 1851.

Muy señor mío: Si quiere Ud. recordar el contenido de todas mis anteriores, observará que todos mis pronósticos se han cumplido. Yo anuncié muy desde el principio que la crisis de 1852 se resolvería en 1851, y en 1851 se ha resuelto: que sólo la fuerza podría dar salida á la situación, y se la ha dado la fuerza: que la fuerza no podría venir del Parlamento, sino del Presidente si venía pronto, ó de la revolución si venía tarde, y ha venido pronto y del Presidente: que el liberalismo parlamentario sería el vencido en la contienda, y en la contienda no ha habido más que un vencido, el liberalismo parlamentario.

No recuerdo estas cosas por complacencia vana, sino porque para mis pronósticos futuros he menester de la poca ó mucha autoridad que pueda darme el acierto en mis pronósticos pasados.

El golpe de Estado que ha dado salida á una situación que parecía no tener salida ninguna, es, entre cuantos nos refiere la historia, el que prueba en su autor mayor prudencia y mayor audacia. De su audacia nada diré, como quiera que los hechos por sí mismos la están publicando á voces; y para encarecer lo que el golpe tiene de secreto y de prudente, me bastará manifestar á Ud. que ninguna noticia tuvo de él el General que le había de dar hasta el momento de darle, y que nada supieron los Ministros sino por una carta del Presidente, escrita cuando el golpe estuvo dado. En lo prudente y secretísimo, ningún otro acto puede comparársele sino el famoso de la expulsión de los Jesuitas de España.

Considerada desde otros puntos de vista esta revolución,

porque lo que ha habido aquí es una revolución verdadera, no deja de tener cierta semejanza con aquella otra en virtud de la cual Roma pasó de la República al Imperio. Entonces como ahora, había varios pretendientes á la usurpación suprema, y un Senado compuesto de eminentísimos ciudadanos que luchaban generosamente. Entre los pretendientes había uno cuyo principal título á la dominación era ser sobrino de César, el más grande entre los héroes antiguos; así como entre los pretendientes en Francia ha habido uno cuyo principal título á la dominación ha sido ser sobrino del más grande y más ilustre de los capitanes modernos. En Francia ha vencido el pariente de Napoleón, como en Roma el pariente de César. Augusto, para triunfar, buscó dos puntos de apoyo: el ejército y el pueblo. Luis Napoleón le ha buscado en el sufragio universal y en las armas: aquél salió vencedor por el pueblo y por el soldado; éste por las armas y por el sufragio de todos. El Senado de Roma era el representante legítimo de las clases ilustradas, que lo eran á la sazón las clases nobles: el Parlamento francés era el representante legítimo de la civilización francesa, que reside en las clases acomodadas. Augusto salió vencedor de sus rivales y del Senado: Luis Napoleón, de sus rivales y del Parlamento. Vióse entonces en Roma levantarse la opinión popular, á manera de viento impetuoso, contra la divina elocuencia de sus grandes oradores: Cicerón entregó su noble garganta al cuchillo, y su cabeza fué clavada en la misma Tribuna que había sido teatro de su elocuencia y de su gloria. Las mismas ráfagas impetuosas del mismo viento popular se habían levantado aquí contra los dominadores de la Tribuna y contra los reyes de la palabra, y París ha visto, sin conmoverse, á M. Berryer y á M. Thiers puestos como facinerosos entre dos hileras de agentes de policía y entre dos hileras de soldados. Por último, si no fuera cosa ajena de la brevedad de una carta, no me sería difícil demostrar que las mismas causas han producido aquí y allí los mismos efectos, siendo aquéllas invencibles y éstos inevitables.



La insurrección ha sido lo que debía ser, siendo la que acabo de manifestar la índole de este golpe de Estado. Las barricadas que se levantaron en París, ni fueron levantadas ni fueron defendidas por la gente popular, que lo ha mirado todo con ojos indiferentes: fueron defendidas y levantadas, por una parte, por los afiliados en las Sociedades secretas; que pertenecen indistintamente á todas las clases de la sociedad y á todas las condiciones; y por otra, por los más fogosos entre los que pertenecen á las clases acomodadas. Si los insurrectos hubieran tenido la desgracia de triunfar, hubieran visto venir sobre ellos, como canes rabiosos, á las muchedumbres populares, y hubieran perdido en un momento la vida con la victoria. En Febrero de 1848, la República pasó entre Luis Felipe y la Reforma: en Diciembre de 1851, el Socialismo se hubiera abierto paso entre el vencido y los vencedores, la sociedad francesa se hubiera disuelto, y la Europa estaba perdida. Esta insurrección es una prueba más de la ceguera incurable y de la incapacidad radical que aqueja, aquí como en todas partes, á aquellas clases de la sociedad que están puestas entre las altas y las bajas: esas clases, hoy dominantes en Europa, están desposeídas de las dos calidades que hacen posible un Gobierno: la de la obediencia, y la del mando: no sabiendo, ni mandar á los que obedecen, ni obedecer á los que mandan, no hacen otra cosa sino agitar á la sociedad, y obligarla á buscar un refugio ó un remedio en la Dictadura ó en las revoluciones. Todos los pueblos en que son ésas las clases dominadoras, oscilarán perpetuamente entre la Dictadura, remedio de la anarquía, y la anarquía, remedio de la Dictadura.

La noticia del golpe de Estado y de la insurrección en París ha producido en los departamentos trastornos menores de los que hubieran podido imaginarse: cuasi todos ellos prestan obediencia al Gobierno central, gracias, por una parte, á la rapidez y á la decisión con que obra la fuerza pública, y por otra al convencimiento general de que, fuera del Presidente, no hay para la Francia sino catástrofes y abismos. Esto no

obstante, en algunos departamentos del Centro y del Mediodía hay insurrecciones parciales de proletarios, los cuales se han entregado con frenesí al despojo, al asesinato y al incendio: despojan á los pudientes, asesinan á los honrados en sus propios domicilios, é incendian cuanto puede ser devorado por las llamas: algunas poblaciones pequeñas caídas en su poder, padecen todos los horrores de ciudades entradas á saco por bárbaros é inclementes conquistadores.

Estas centellas dan bien á entender lo que se preparaba para el año de 1852, y lo que en 1852 se hubiera realizado si el Presidente de la República no hubiera precipitado la crisis. Ninguno que no esté ciego podrá dejar de horrorizarse al considerar lo que hubiera sido de la Francia si, por una parte, el Socialismo hubiera estallado concertadamente, y por otra, hubieran estado próximos á expirar todos los poderes públicos en medio de estos horrendos estallidos: cosas ambas que se hubieran realizado por necesidad si las cosas hubieran tenido un curso normal y sosegado. Por lo demás, á la hora en que escribo estos renglones, las insurrecciones de los departamentos no presentan tal gravedad que pueda temerse con fundamento su propagación indefinida.

El peligro más grave de la situación está, sin ningún género de duda, en el vacío que se forma alrededor del Presidente: en este vacío consiste la conspiración alarmante, la conspiración verdadera. Las clases acomodadas son incapaces de gobernar, y, sin embargo, es cosa cierta y averiguada que ningún género de Gobierno es posible hoy día sin que se componga de los más notables entre sus individuos. Llamar á sus individuos más notables á la participación del mando, desposeyendo del mando á la clase á que pertenecen: éste es el escabroso problema que se trata de resolver, y que lo pondrá todo en cuestión y en peligro si por ventura no es resuelto. Usted conocerá cuán ardua y cuán difícil es la solución que se apetece y que se busca: para obtenerla es menester que haya hombres notables que, para gobernar, hagan abstracción de la



clase á que pertenecen, de sus instintos anárquicos y de sus ideas parlamentarias: cosa difícilísima en todos tiempos, y más en los que ahora corren: esto no sucede nunca sino cuando el dictador, vencidos todos los obstáculos y cubierto de laureles, se pone en estado de ofrecer fortuna y protección á los que cobija con su sombra. La sombra del Presidente no es todavía bastante grande para cubrir á esos hombres.

La prueba de que en esto consiste la verdadera dificultad y la verdadera cuestión, está en que todos lo han conocido así por instinto. El Presidente se ha apresurado á crear una Junta consultiva, que ha compuesto, si no de hombres eminentes, porque todos los eminentes le son públicamente adversos, á lo menos de hombres capaces y probos, que no le han faltado hasta ahora. La misma precipitación que el Presidente ha puesto en publicar esta lista, han puesto muchos de los que la componen en protestar contra su voluntad declarada. El Presidente á su vez se ha negado, á un tiempo mismo, á hacer pública esta declaración, á recibir esta protesta, y á borrar los nombres de los protestantes de su lista: causa, como Ud. puede conocer, de grandes escándalos y de malignos rumores. Entre estas protestas, la más importante, por venir de un ex ministro grandemente popular en los departamentos, es la de M. León Faucher, que ya verá Ud. en los periódicos: por ella verá Ud. cuál es el estado de los ánimos, cuál la corriente de la opinión pública en el momento en que escribo. El único hombre eminente que hasta ahora ha dado su consentimiento de una manera explícita al llamamiento de Luis Napoleón es el conde de Montalembert, que, superior á todos los partidos y despreciador de las auras populares, no ha vacilado en hacer el sacrificio de su popularidad y de su reputación apoyando noblemente al único hombre que puede hoy dar á la Francia gobierno y reposo. La intervención del conde de Montalembert en los negocios ha comenzado ya á dar sus frutos: por un decreto del Presidente, el templo de Santa Genoveva, profanado por la revolución hasta el punto de haberle convertido

en Panteón de hombres á quienes la impiedad llama *grandes*, y que no lo son sino por las ruinas que hicieron, ha sido consagrado otra vez al culto divino. El clero ha recibido esta reparación con reconocimiento y aplauso. Siguiendo por estas grandes vías católicas, el Presidente podrá, al cabo de cierto tiempo, contar con las tres fuerzas más vigorosas y expansivas del mundo: la de la Religión, la del ejército y la del pueblo.

Entretanto, fuerza es confesar que las dificultades que el Presidente de la República debe combatir y debe vencer para afirmar su poderío en fundamentos sólidos son inmensas. Poner en el lugar en que todas las cosas antiguas existían todas las cosas nuevas que deben reemplazarlas; templar la fiebre política que exalta los ánimos de todos; extirpar las utopías socialistas; reprimir los impulsos demagógicos; atajar los ímpetus revolucionarios; quitar á la Francia la vida de que vive y ocupar su actividad de otra manera, no sea que sobrevenga la parálisis y la muerte, y acometer tantas empresas y tan grandes seguidas de pocos, mal miradas de los más y combatidas por muchos ardorosamente, es una empresa, amigo mío, que causa pavor al más animoso, y que hasta en los más intrépidos pone miedo y espanto. Cuando á todas estas consideraciones se allega la de que hoy miles de puñales se afilan, y miles de brazos se levantan para herir al que llaman *tirano* los facciosos, no hay alma ninguna que no se bañe de tristeza, por grande que sea y constantísima. El porvenir es tan incierto, lo venidero es tan obscuro, su obscuridad es tan densa, que sería empeño temerario querer rasgar sus velos impenetrables. Ese porvenir sólo es claro para aquel ante cuyos ojos todo es luz, hasta la sombra. No hablaré, pues, del porvenir en estos momentos, contentándome sólo con someter á la sagacidad de Ud. algunas indicaciones.

De cualquier manera que se considere lo que en Francia acaba de pasar, en lo que todos no pueden menos de estar conformes, es en que lo que acaba de pasar es el fin de la revolución de 1848 y la supresión de la crisis de 1852. Es posible que



nuevas crisis sobrevengan, y que sobrevengan nuevas revoluciones; empero, aquella crisis se conjuró, y tuvo fin aquella revolución ignominiosa. Nadie sabrá decir si en definitiva será el Presidente vencedor, ó si una revolución habrá de ser vencedora; todos, sin embargo, pueden asegurar lo siguiente: si el Presidente es vencido, su vencimiento será la señal de un cataclismo general en Europa; si el Presidente es vencedor, trabajará al principio para sí, y después, sin quererlo y sin saberlo, para otros que están ahora vencidos, y que serán después vencedores. Todo esto en virtud de la perpetua ley de rotación á que están sujetas todas las cosas humanas. La Dictadura da la mano al Imperio, el Imperio á la Monarquía. El espectador que esté inmóvil verá girar perpetuamente delante de sí ese gran círculo con esos tres grandes aspectos de su gran circunferencia.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 24 de Diciembre de 1851.

Muy señor mío: El estado de mi salud, que es lamentable de pocos días á esta parte, no me permite extenderme hoy en las consideraciones políticas que tengo de costumbre. Un resumen de ellas me bastará para que Ud., con su sagacidad, pueda formarse una idea cabal de la situación de la Francia.

Las sublevaciones de los departamentos, en todas partes vigorosamente comprimidas, han dado por resultado fortificar y consolidar la autoridad del Presidente de dos diferentes maneras: la han fortificado siendo ocasión de su victoria, y la han consolidado mostrando á todos los que tienen ojos para ver, oídos para oír y entendimiento para entender, que el Presidente es hoy el único representante legítimo del orden dentro, y del orden fuera; del orden en la Francia, y del orden en la Europa.

Por otra parte, las acertadísimas providencias adoptadas por el Presidente para restaurar el lustre católico le han ganado las voluntades del partido católico, que alcanza aquí una grande influencia y un grande poderío, no tanto por el número como por la calidad de las personas que le componen, y sobre todo, porque tiene sobre todos los otros la excelencia de saber adónde va, por dónde va, lo que debe pedir y lo que quiere: cosas todas rarísimas en las circunstancias actuales, en que todos los partidos y todos los hombres caminan en medio de la obscuridad más densa y sin antorchas.

El resultado de todas estas causas justas es la votación hasta ahora conocida, con la cual está respondiendo el sufra-



gio universal al llamamiento del Presidente: votación singular, ora se la mire desde el punto de vista de la libertad del voto, ora se la considere desde el punto de vista de la tranquilidad profunda con que se realiza en todas partes, ora, por fin, se la considere desde el punto de vista de su espontaneidad y de su unanimidad imponente.

Los Príncipes de la familia de Orleans abandonaron su habitual residencia de Claremont al recibo de las noticias de las primeras turbulencias de aquí: mejor aconsejados después, y viendo la insurrección comprimida con mano fuerte y vigorosa, abandonaron su intento y se volvieron tranquilos á su residencia de costumbre. Por su parte, el Presidente, luego que supo los primeros pasos dados por los Príncipes amenazó con poner secuestro instantáneo en sus bienes, y dicen que esta amenaza, que hubiera sido inexorablemente cumplida, no dejó de influir poderosamente en el ánimo de aquellos proscritos.

Por el pronto, Bruselas es el campamento de la emigración: allí acuden, unos en pos de otros, los vencidos del ejército parlamentario. Entre todos descuella M. Thiers, acompañado de sus bulliciosas esperanzas y de sus vanas ilusiones. Ese ejército no es temible, á lo menos por ahora; más adelante pudiera serlo para el reino de Bélgica, que si fuera el receptáculo de las intrigas de la emigración podría correr graves riesgos, sobre los cuales llamaré próximamente la atención de Ud. cuando me ocupe de las modificaciones que los últimos acontecimientos deben producir en la política exterior de la Francia.

En cuanto al vacío que los jefes de los partidos parlamentarios procuran crear alrededor del Presidente no va á más, é irá á menos cuando la victoria conseguida en las urnas electorales venga á legitimar la conseguida por las armas vencedoras.

La prensa sigue esclavizada, y el Faraón que la esclaviza no la dejará salir de Egipto: á buen librar, tendrá sobre sí la censura, ó cuando menos una ley que ponga en manos de la

autoridad política el derecho, sin limitación, de suspender ó de suprimir un periódico cuando lo juzgue conveniente.

Por lo que hace á la Constitución que se prepara; será probablemente una combinación de la del año 8 y de la del año 12.

Entretanto se van creando nuevos intereses, se van satisfaciendo nuevas ambiciones. El ejército crece en poder y en influencia y en decoro. Sobre las ruinas de lo antiguo se va edificando lo nuevo, sin que huracán ninguno venga de ningún punto del horizonte á derribar los nuevos, y como nuevos, frágiles edificios. Todo indica que aquí está la mano de Dios, que, para salvarle, ha desposeído al hombre del gobierno de las sociedades humanas.

Y, sin embargo, creo hoy, como creía ayer, que así como todos, creyendo trabajar para sí, han trabajado para el Presidente, el Presidente, que cree trabajar para su engrandecimiento, trabaja para el engrandecimiento de otro que la Providencia guarda como en reserva, lejos de los presentes conflictos, para que sirva de solución á los conflictos futuros. Esta ha sido constantemente la manera que la Providencia ha tenido de intervenir en los grandes conflictos sociales: manera que, por lo invariable y lo invencible, constituye una verdadera ley de la historia.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.